

Patricia Escandón

“El relevo franciscano en las misiones jesuíticas,
1768-1800. Una aproximación”

p. 77-88

*Caminos y vertientes del septentrión mexicano: Homenaje
a Ignacio Del Río*

Patricia Osante, José Enrique Covarrubias Velasco, Javier
Manríquez, Juan Domingo Vidargas del Moral y Nancy Leyva
(coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2020

334 p.

Figuras

ISBN 978-607-30-3387-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 08 de abril de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/718/caminos_vertientes.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2021, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EL RELEVO FRANCISCANO EN LAS MISIONES JESUÍTICAS, 1768-1800.

UNA APROXIMACIÓN

PATRICIA ESCANDÓN

Universidad Nacional Autónoma de México
Centro de Investigaciones
sobre América Latina y el Caribe

Es innegable que los bienes o efectos que se reciben de segunda mano jamás lucirán tanto como aquellos que son nuevos, recién creados. Tal vez por eso, las misiones que fundó el instituto franciscano en la Alta California alcanzaron una gran celebridad —fama que aún pervive en la historia— pero, en cambio, apenas si hay quien recuerde que, en Sonora, grupos de esta misma orden tomaron el relevo en los establecimientos jesuitas que quedaron acéfalos con la salida de estos últimos padres en 1767. Acaso esta omisión de la memoria pudiera también atribuirse a que la actuación de los frailes menores ahí hubiera resultado anodina, o bien, a que su labor fuera totalmente eclipsada por lo que se asume como un brillante desempeño de la Compañía de Jesús al frente de las misiones del noroeste.

Estas y otras cuestiones afines ameritan ser examinadas, aunque sea someramente, y tal es el propósito de las líneas que siguen. Es oportuno recordar desde ahora que el proyecto misional jesuítico no sólo suponía la conducción espiritual de la grey indígena de las fundaciones, sino también la administración de la base material de ellas. Esto es que, junto con la enseñanza de la doctrina cristiana, el ministro disponía y supervisaba el trabajo de los naturales en los cultivos y las trojes, así como la atención y el aprovechamiento del ganado; vigilaba y, llegado el caso, intervenía en el proceso de comercialización de los productos, además de asumir otras diversas tareas que aportaban el fundamento económico para que la misión subsistiese. A la salida de los jesuitas, este balance entre los aspectos moral y material que permitía el funcionamiento del sistema se fue dislocando.

Como se sabe, la erradicación de los dominios españoles de la presencia ignaciana tuvo entre sus variados argumentos la cuestión de su cuarto voto —un compromiso de obediencia irrestricta al pontífice romano—, el enorme influjo social que habían adquirido los jesuitas, su hipotética acumulación de capitales y propiedades y otras más que, ciertas o pretendidas, incomodaban bastante al regalismo de Carlos III. Pero, en el caso que me ocupa, su salida de los establecimientos misionales servía particularmente a otros objetivos que perseguían los funcionarios regios, señaladamente don José de Gálvez, y entre ellos estaba el de la reorganización de la vida en los pueblos indígenas de acuerdo con patrones diferentes hasta los ahí observados, la aceleración del proceso de incorporación de la mano de obra indígena a las empresas de los españoles y a los mercados locales, el fomento de la ocupación y distribución del territorio, el estímulo al poblamiento y, naturalmente, el afianzamiento de la jurisdicción de la autoridad civil en todos los asentamientos.

De ahí que a los hermanos seráficos que entraron al trabajo en las misiones sonorenses en 1768 tuvieran únicamente encomendadas las tareas de la enseñanza de la fe y de la administración pastoral; no se les entregaron en custodia más efectos materiales que las iglesias y las casas para doctrineros. E incluso, los cambios o rotaciones que por cualquier motivo tuvieran que hacer los preladados en el personal que debía servir cada puesto, habían de recibir previamente el visto bueno del gobierno regional. Era pues, más que evidente la intención de establecer restricciones o límites a la acción de los eclesiásticos, sin permitirles el menor resquicio para el desarrollo o adquisición de la autonomía de la que, en algún momento, gozaron sus antecesores, los jesuitas.

Como sea, el caso fue que en mayo de 1768 llegaron a la región 14 frailes del Colegio de *Propaganda Fide* de la Santa Cruz de Querétaro y, entre junio y septiembre de ese año, lo hicieron otros 11 de la provincia de Santiago de Jalisco, a quienes la autoridad encomendó la atención de otros tantos puestos misionales en Sonora.¹ Que de entre la copiosa familia franciscana fueran precisamente estos contingentes los designados, y no otros, obedecía a que los ministros queretanos ya acumulaban una experiencia centenaria de labor en tierras de frontera, pues en ese tiempo habían fundado y atendido misiones en Nuevo México y Texas; los jaliscienses, por

¹ Cynthia Radding, “Las estructuras socioeconómicas de la Pimería Alta, 1768-1850”, *Noroeste de México*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Centro Regional del Noroeste, Hermosillo (Sonora), n. 3, 1979, p. 15.

su parte, se habían fogueado desde tiempo atrás adoctrinando a los indómitos indios de Nayarit y a otros belicosos grupos del centro-norte. Por tanto, parecían los idóneos para cubrir las vacantes que ahora se les ofrecían.

Atendiendo al hecho de que los predicadores de la Santa Cruz estaban más habituados a las privaciones y al trabajo arduo de las “conversiones vivas”, se les destinó al norte, a las casas de las Pimerías Alta y Baja, donde la integración de las comunidades indígenas a pueblos de misión aún era imperfecta y donde los ataques de los apaches eran frecuentes. En cambio, los religiosos de Jalisco recibieron las misiones meridionales de la Opatería, cuya población había asimilado mejor las pautas culturales hispánicas.² Pese a todo, el inicio de esta ocupación empezó con altercados y fricciones. Los padres jaliscienses, a cuya cabeza iba fray Manuel Zuzárrregui, pretendieron dejar las misiones de Sonora, para quedarse con las de la Baja California, originalmente encomendadas a otro Colegio de *Propaganda Fide*, el de San Fernando de México. El argumento era que siendo los fernandinos misioneros apostólicos —al igual que los de la Santa Cruz, responsables de las Pimerías— bien podrían trabajar en la Opatería y entenderse mucho mejor con los queretanos, que los religiosos observantes de Jalisco.³ La pretensión no tuvo el más mínimo efecto y las cosas quedaron como se dispuso originalmente.

En los meses transcurridos entre la salida de los ignacianos y el arribo de sus sustitutos, don Juan Claudio de Pineda, gobernador de Sonora, había tenido a bien entregar la custodia de los bienes de las misiones (animales, granos, aperos de labranza, etcétera) a algunos colonos españoles de las inmediaciones, a quienes, además, concedió el pretensioso nombramiento de “comisarios reales”. En su mayoría, estos señores habían administrado de modo libre y discrecional las temporalidades; en algunos casos se habían apoderado de los bienes o los habían vendido, en otros habían admitido

² Las misiones más meridionales, como las del Yaqui, fueron secularizadas.

³ Salvador Bernabéu y Martha Ortega Soto, “Indios y franciscanos en la construcción de la Baja California”, en Eduardo García Cruzado (coord.), *Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América: Jornadas IV, V y VI (2008, 2009 y 2010)*, Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía, 2011, p. 411-412. Hay quien alega, como José Refugio de la Torre Curiel (*Vicarios en entredicho. Crisis y desestructuración de la provincia franciscana de Jalisco, 1749-1860*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Universidad de Guadalajara, 2001), que a los de Jalisco les competía tomar las misiones bajacalifornianas porque así lo había dispuesto la Audiencia de Nueva Galicia, que tenía jurisdicción sobre la zona. De esto no se ofrece mayor argumentación, p. 321-322.

que los indios dispusieran irrestrictamente de ellos y los dilapidaran.⁴ Y en cuanto a los naturales, los comisarios aprovechaban sus servicios sin darles retribución alguna a cambio.

Con todos estos antecedentes, cuando finalmente los misioneros franciscanos fueron a ocupar sus respectivos puestos, lo que en general vieron al llegar a ellos les causó bastante desaliento. De acuerdo con el informe del presidente de los misioneros del Colegio de la Santa Cruz, Francisco Antonio de los Reyes,⁵ en casi la totalidad de las fundaciones, habiéndose perdido el antiguo control o disciplina que sobre ellos ejercían los ministros, los indios deambulaban dispersos, ociosos y hambrientos; amén de que muchas de las iglesias y casas amenazaban ruina. Por otro lado, algunos ministros de la Pimería Alta avisaron que sus misiones ya habían sido saqueadas por incursiones apaches y, para disgusto de otros más asignados a la Pimería Baja y la Opatería, sus pueblos no sólo estaban constituidos por catecúmenos indígenas, sino también por grupos de españoles y castas que, habiéndose apoderado de las mejores tierras de cultivo y viviendo a sus anchas, no parecían mínimamente dispuestos a sujetarse a la autoridad de los nuevos misioneros. Lo peor era que en casi todas los jefes militares, e incluso los soldados, instigaban a las autoridades indígenas y a los naturales en general a no hacer mayor aprecio o acatamiento de las instrucciones de los padres.

Además, la Corona estaba faltando a su promesa de dar continuidad al apoyo económico que prestaba a las misiones y que se conocía como sínodo o situado, asignación anual de 250 pesos destinada a la manutención de cada doctrinero. Los meses transcurrían y el primer pago simplemente no llegaba. Y por si todo ello no bastare para ensombrecer el panorama, los nuevos misioneros franciscanos habían recibido la instrucción precisa de abstenerse de requerir los servicios personales de los indios, salvo que los pagaran; tampoco debían retener a aquellos que desearan ir a trabajar a las minas y mucho menos intentar evitar que, cuando se presen-

⁴ Además, Edward Spicer (*Los yaquis: historia de una cultura*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1994, p. 156) explica que de los bienes de las misiones también salieron recursos para cubrir los gastos de la visita de don José de Gálvez; para apuntalar la famosa “expedición de Sonora” (1767-1771) en la que la Compañía Franca de Voluntarios de Cataluña, a cargo de Juan Pujol, emprendería la pacificación de los indios; y para financiar en parte las campañas contra los seris.

⁵ El panorama general en las Pimerías es descrito en: Informe de fray Antonio de los Reyes, México, 6 de julio de 1771, Archivo General de la Nación (en adelante AGN), *Misiones*, v. 14, exp. 1, f. 11-53.

tara la ocasión, la gente de su misión marchara junto con las tropas presidiales a combatir a los indios hostiles. En suma, que lo que los frailes encontraron en Sonora fueron más cortapisas que auxilios para el desarrollo de su labor por parte de las autoridades; en sus misiones sobran los problemas, el desorden y la pobreza, al tiempo que escaseaban los medios para revertir la situación.

Frente a este estado de cosas que reportaban los presidentes o comisarios franciscanos de las misiones resulta legítimo preguntarse si lo que estaban presenciando era el irremediable desmoronamiento de una dorada época misional vivida bajo el régimen ignaciano. Para responder a esto, es menester recurrir de nuevo a otras explicaciones. La misión, entendida como un proyecto de constitución de poblados indígenas estables, cerrados y homogéneos, cuyos integrantes debían primero ser cristianizados y luego inducidos a mantenerse en ese género de vida bajo la égida espiritual y material exclusiva del sacerdote, fue más un planteamiento ideal, un arquetipo, que una realidad histórica.⁶ Guardando las debidas distancias, de algún modo es posible equiparar este plan con el de los primeros evangelizadores franciscanos del siglo XVI para la construcción de una Iglesia indiana, no contaminada por el contacto con los españoles, en la que los doctrineros tuvieran una posición hegemónica en la conducción de la población indígena.

Pero semejante diseño y, sobre todo la aspiración de inamovilidad o permanencia que alentaron sus creadores, no era ni viable ni coincidente con los intereses políticos y económicos de la Corona, con los del ejercicio del poder de las autoridades locales, ni mucho menos con las expectativas de desarrollo de la colonización civil española. En principio, la promoción oficial del sistema de misiones fue posible sólo porque se esperaba de éste que, en un determinado plazo, lograra, efectivamente, enseñar primero a los indígenas la fe y el manejo del arado, las costumbres de vestir sus cuerpos y de asentarse en poblados, la obediencia al rey y a Dios y, ulteriormente, el hábito puntual de la tributación. Cumplidos tales fines, no se veía ningún motivo para que los naturales continuaran viviendo bajo este régimen particular de “entrenamiento” de la mano de una Iglesia misionera, sino que deberían transitar cuanto antes a la fase definitiva, que los ubicaba en la condición de pueblos de indios,

⁶ Ignacio del Río, “Ambigüedades y contradicciones de un régimen de excepción. Los jesuitas y el gobierno de la provincia misional de Baja California”, en Sandra Negro Tua y Manuel María Marzal (eds.), *Un reino en la frontera: las misiones jesuítas en la América colonial*, Quito, Ediciones Abya-Yala/Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000, p. 64.

incorporados, por lo que tocaba a lo espiritual, al orden parroquial de la Iglesia diocesana y, por lo que competía al temporal, al de república de indios; es decir, al estatus de tributarios y de mano de obra para las actividades productivas del mercado regional.

Por estas incompatibilidades de visión, no tardaron en producirse los choques entre los propósitos de los evangelizadores y los intereses de los demás sectores implicados en la ocupación de la región misional sonoreense, esto es, autoridades civiles y eclesiásticas y pobladores. Y así lo probaron los hechos. Al mediar el siglo XVIII, aparte de los pueblos de misión, había ya por lo menos una veintena de asentamientos de españoles, incluidos en esta cifra los presidios o guarniciones militares.⁷ Los residentes tenían ranchos, haciendas y otras diversas granjerías que requerían trabajadores y las canteras naturales de ellos estaban básicamente en los asentamientos misionales, de donde también salían los contingentes de operarios para las minas de la zona, como las de San Juan Bautista, Nacozari, San Ildefonso de Ostimuri y Álamos, entre otras.⁸ En dichos reales, localizados en serranías y valles, se daba la coexistencia e interacción de españoles, castas e indígenas. Los naturales eran atraídos a dichos enclaves productivos ya por el salario, ya por el disfrute de una libertad individual que no se experimentaba en el núcleo de la misión y, en muchos casos, acababan por desarraigarse de ésta. Para mayor desazón de los misioneros, los gobernadores y jefes militares de los presidios no hacían nada por impedir la migración de indígenas a los reales o a las haciendas de las inmediaciones y mucho menos se ocupaban de obligarlos a reincorporarse a sus pueblos de origen. Esta situación produjo frecuentes roces y desencuentros entre la gente de sotana y la de uniforme.

Además de estos catalizadores para la descomposición de la institución misional, también influían otros factores, como el parecer y las actitudes de otras dos partes implicadas: los indios hostiles y los de misión. Por lo primero, los ataques e incursiones de los apaches se padecían especialmente en los asentamientos de la Pimería Alta. Desde la década de los cuarenta del siglo y a lo largo de veinte años, los enemigos habían golpeado con fiereza Cocóspera, Arizpe, Bacerac, Buenavista y San Xavier del Bac, entre otros puntos.

⁷ Juan Nentvig, *El rudo ensayo, descripción geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora, 1764*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1977, p. 113.

⁸ Douglas Lawrence Taylor Hansen, "La riqueza escondida en el desierto: la búsqueda de metales preciosos en el noroeste de Sonora durante los siglos XVIII y XIX", *Religión y Sociedad*, v. XX, n. 42, 2008, p. 167.



La muerte de los indios de misión y soldados; el hurto del ganado y la caballada, el saqueo de los graneros, los incendios de instalaciones planteaban a los misioneros una especie de tarea de Sísifo: volver a iniciar la empresa desde los cimientos, impulsarla a costa de grandes esfuerzos y rogar porque no se arruinara todo por obra de un nuevo ataque.

Y por lo que toca a lo segundo, estaba el peligro siempre latente de los alzamientos de los indios cristianizados. Como bien lo expresaba el jesuita Juan Nentvig: “el misionero no debe temer menos a aquellos [que viven en las misiones] que a los apaches, sus enemigos”.⁹ Lo que más de una vez probó ser cierto para desgracia de los religiosos de la Compañía. Hubo otros, pero seguramente uno de los episodios más virulentos a este particular fue el que protagonizaron los pimas altos de los pueblos de misión que, en unión con los pápagos del Gila, irrumpieron en 1751 en el valle de Caborca; mataron al misionero local y luego hicieron lo mismo con el de Sonoyta; arrasaron también Oquitoa, Sáric, Tubutama y Tubac donde aniquilaron a otros dos centenares de españoles. Todo esto antes de que logran ser sometidos y castigados.

Lo hasta aquí asentado aporta suficiente evidencia de que el régimen misional en Sonora no vivía precisamente tiempos amenos o prósperos cuando llegó el extrañamiento de la Compañía de Jesús. Lo que no invalida el hecho de que los franciscanos hubieran entrado a las fundaciones en una situación menos ventajosa y con un menor margen de maniobra que los que habían tenido sus colegas ignacianos.

Por lo pronto, lo más importante que consiguieron los padres del Colegio de la Santa Cruz fue que en 1769 se les entregara el manejo de las temporalidades de las fundaciones de la Pimería Alta. Y, más adelante, en tanto que ésta era zona de labor con indios gentiles y frontera con la Apachería, se consideró pertinente que los religiosos procedieran con atribuciones parecidas a las de los jesuitas respecto de las comunidades que atendían, como la organización del trabajo. En este espíritu, el padre Diego Ximénez, guardián del colegio, propuso en 1772 que los religiosos tuvieran la escolta de soldados en sus recorridos de visita, que se les concediera autoridad para la aplicación de castigos a los catecúmenos y que se

⁹ Bernd Hausberger, “La vida cotidiana de los misioneros jesuitas en el norte novohispano”, *Estudios de Historia Novohispana*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, v. 17, 1997, p. 75.

proscribiera el asentamiento de españoles en la misión.¹⁰ Estas concesiones no se hicieron extensivas a los frailes de la Pimería Baja y de la Opatería.

Cinco años más tarde, es decir, en 1774, los frailes queretanos renunciaron a sus ocho misiones de la Pimería Baja. Para el efecto, adujeron que los indios estaban ya suficientemente cristianizados, que la función del instituto de *propaganda fide* no era la pastoral o cura de almas, sino la conversión de los infieles, y que los ministros disponibles para atender esos puestos eran muy escasos. El virrey Bucareli propuso entonces al obispo de Durango que dotara los poblados con clérigos seculares, pero quizá por no estar del todo convencido de la mansedumbre cristiana de la nueva feligresía, el prelado no aceptó el ofrecimiento y a dos años del caso, a la postre, la provincia franciscana de Jalisco decidió asumir la responsabilidad y sumó estos pueblos a sus misiones de la Opatería.¹¹

El esfuerzo por “homogeneizar” y pacificar los territorios septentrionales tuvo un nuevo impulso por parte del rey en 1776, con la creación de la Comandancia General de las Provincias Internas, al frente de la cual se puso al caballero Teodoro de Croix. Pero el reforzamiento del papel castrense ponía sobre el tapete un conflicto respecto de si la empresa de colonización debía tener una conducción primordialmente militar —aunque los soldados no habían conseguido ningún logro espectacular hasta el momento—, o religiosa, a cargo de misioneros que también hacían lo que podían. Bucareli ya antes había hecho un sondeo entre las provincias y colegios franciscanos para proponer un nuevo método de “gobierno espiritual”, que varios guardianes y prelados, así como otros tantos funcionarios con experiencia castrense, habían respondido.¹² Los primeros, desde luego, se decantaban por el sistema “antiguo” con preponderancia del misionero; los segundos, en cambio, subordinaban a los jefes de armas el proceso colonizador, sin descartar la compañía eclesiástica, que, preferentemente, había de ser secular.

¹⁰ José Refugio Curiel de la Torre, “Características de la empresa misional franciscana en Sonora al finalizar el siglo XVIII”, en Fernando Armas Asín (ed.), *Angeli novi. Prácticas evangelizadoras, representaciones artísticas y construcciones del catolicismo en América (siglos XVII-XX)*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007, p. 50.

¹¹ Las misiones fueron Cucurpe, Opodepe, Ures, Ónavas, San José de Pimas, Cumuripa, Tecoripa y Pitic. De la Torre Curiel, *Vicarios...*, p. 323-325.

¹² Véase Mario Alberto Magaña Mancillas, “Gobierno espiritual de misiones de Californias por fray Rafael Verger, 1772”, *Relaciones*, El Colegio de Michoacán, n. 139, verano de 2014, p. 197-229.

Como juez y parte en estas propuestas, muy pronto, en 1783, el antiguo misionero de la Santa Cruz, fray Francisco Antonio de Los Reyes, fue designado obispo de una flamante custodia denominada de San Carlos. La nueva “diócesis” incorporó a su jurisdicción las fundaciones de la Opatería y la Pimería Baja, que los padres de Jalisco le entregaron. Pero la gestión de fray Antonio fue breve y tormentosa; lo mismo recibió críticas por sus excesos y yerros de parte de las autoridades civiles que de los eclesiásticos y, para alivio de unas y otros, el frustrado experimento terminó en 1787 con la muerte del prelado. La Custodia de San Carlos se extinguió a los tres años y los franciscanos de Santiago de Jalisco recuperaron sus puestos misionales, sólo que de los 19 que habían dejado se les restituyeron 13, pues en 1790 habían sido definitivamente secularizados los de Ónavas, en la Pimería Baja, y Aconchi, Banamichi, Ures y Mátape, en la Opatería.

Ya sin mudanzas, los padres jaliscienses retuvieron sus misiones por muchos años, pero su administración fue, por así decirlo, gris. Algunos religiosos sirvieron sus puestos durante décadas hasta volverse ancianos, porque, al parecer, no había por parte de su provincia mayor interés en buscarles relevo ni en mejorar las condiciones de atención de la grey indígena, que a esas alturas ya no era tal.

En contraste y comparativamente, los franciscanos de Querétaro que laboraban en la Pimería Alta cosecharon mejores frutos. Entre 1790 y el final del siglo, si no desaparecieron los ataques apaches, al menos se vivieron largas etapas de tregua, durante las cuales algunas de las parcialidades de estos indios se establecieron en las inmediaciones de los presidios de Tucson, Bacoachi y Bavispe para beneficiarse de los alimentos que se les regalaban. Las cosechas de las misiones —trabajadas con el “antiguo método”— fueron satisfactorias y sus productos, así como la labor dirigida de los indígenas, hicieron posible la reconstrucción de los asentamientos y la erección de nuevas iglesias, ya no con adobes, sino con ladrillos y mezcla. Así se hizo con el templo de San Xavier del Bac, que había sido destruido en 1770; igualmente con los de Caborca y Pitiquito.¹³ También lograron fundar la misión de Pitic, entre los seris, y otras dos en el río Colorado para los yumas (aunque no alcanzarían larga vida).

En síntesis, el extrañamiento de la Compañía de Jesús de las misiones sonorenses y su sustitución por religiosos franciscanos no marcó el inicio de la decadencia del sistema, simplemente fue un

¹³ John L. Kessell, *Friars, Soldiers, and Reformers: Hispanic Arizona and the Sonora Mission Frontier, 1767-1856*, Tucson, University of Arizona Press, 1976, p. 174.

factor más de intensificación de fenómenos contrarios a él que ya venían dándose de tiempo atrás. Por ejemplo, el fortalecimiento de las dirigencias o autoridades indígenas, cada vez más desembarazadas para negociar sus posiciones e intereses con los religiosos, con las autoridades civiles y con los colonos; la paulatina desintegración de muchos núcleos poblacionales indios, cuyos miembros gozaban de nuevas libertades al incorporarse al mercado de trabajo extramuros; la ocupación y explotación de antiguas tierras misionales por nuevos colonos, que aumentaron el poblamiento multirracial; la mayor interacción entre los grupos de naturales y los de blancos y castas en las unidades productivas y los poblados no indios, y la injerencia creciente de jefes militares y gobernadores civiles en los asuntos de los pueblos de misión.

Por las razones ya expuestas, puede afirmarse que el arribo franciscano no marcó ni la decadencia ni la desaparición de las misiones de Sonora, sólo representó la instauración de un régimen más flexible en el gobierno espiritual y temporal de ellas, un orden en proceso de reorganización en el que la disciplina e indiscutible autoridad que un día ejercieran los expulsos ignacianos iba haciéndose un recuerdo cada vez más difuso y lejano.

BIBLIOGRAFÍA

- BERNABÉU, Salvador, y Martha Ortega Soto, "Indios y franciscanos en la construcción de la Baja California", en Eduardo García Cruzado (coord.), *Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América: Jornadas IV, V y VI (2008, 2009 y 2010)*, Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía, 2011.
- HAUSBERGER, Bernd, "La vida cotidiana de los misioneros jesuitas en el norte novohispano", *Estudios de Historia Novohispana*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, v. 17, 1997, p. 63-106.
- KESSELL, John L., *Friars, Soldiers, and Reformers: Hispanic Arizona and the Sonora Mission Frontier, 1767-1856*, Tucson, University of Arizona Press, 1976, 347 p.
- MAGAÑA MANCILLAS, Mario Alberto, "Gobierno espiritual de misiones de Californias por fray Rafael Verger, 1772", *Relaciones*, El Colegio de Michoacán, n. 139, verano de 2014, p. 197-229.
- NENTVIG, Juan, *El rudo ensayo: descripción geográfica, natural y curiosa de la provincia de Sonora, 1764*, México, Secretaría de Educación Pública, 1977, 202 p.



- RADDING, Cynthia, “Las estructuras socioeconómicas de la Pimería Alta, 1768-1850”, *Noroeste de México*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Centro Regional del Noroeste, Hermosillo (Sonora), n. 3, 1979.
- RÍO, Ignacio del, “Ambigüedades y contradicciones de un régimen de excepción. Los jesuitas y el gobierno de la provincia misional de Baja California”, en Sandra Negro Tua y Manuel María Marzal (eds.), *Un reino en la frontera: las misiones jesuitas en la América colonial*, Quito, Ediciones Abya-Yala/Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000.
- SPICER, Edward, *Los yaquis: historia de una cultura*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1994, 491 p.
- TAYLOR HANSEN, Douglas Lawrence, “La riqueza escondida en el desierto: la búsqueda de metales preciosos en el noroeste de Sonora durante los siglos XVIII y XIX”, *Religión y Sociedad*, v. XX, n. 42, 2008, p. 165-190.
- TORRE CUIEL, José Refugio de la, *Vicarios en entredicho. Crisis y desestructuración de la provincia franciscana de Xalisco, 1749-1860*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Universidad de Guadalajara, 2001, 398 p.
- , “Características de la empresa misional franciscana en Sonora al finalizar el siglo XVIII”, en Fernando Armas Asín (ed.), *Angeli novi. Prácticas evangelizadoras, representaciones artísticas y construcciones del catolicismo en América (siglos XVII-XX)*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS